



Proceso de la Carta



Transcripción de la reflexión de Pádraig Ó Tuama sobre el Proceso de la Carta en la Reunión de los Responsables de la Federación, 21 de abril de 2021



“ Estoy encantado de estar con todos vosotros. Vivo en el noroeste de Irlanda, pero soy de Cork. En Cork hay una comunidad, y sé que algunos de vosotros, además de María, conocéis a gente de allí. Soy poeta y teólogo, y he pasado la mayor parte de los últimos 20 años trabajando en el ámbito de la resolución de conflictos, en Belfast. La resolución del conflicto se dividió en dos partes concretas. Una de ellas consistía en trabajar en las secuelas del Imperio Británico y la partición de Irlanda, y todo lo que ha pasado en Irlanda, en el norte de Irlanda, en los últimos cien años. Con la violencia, el asesinato y el trauma que todo esto conlleva. Y la segunda parte era, en concreto, trabajar con lesbianas, gais, bisexuales y personas trans (como yo, que soy un hombre gay) y en nuestra relación con las autoridades eclesiásticas. Observar las consecuencias de los exorcismos y los prejuicios, así como intentar crear una situación en la que la gente puede tener discusiones muy muy fuertes sobre su desacuerdo, y ayudar a otras personas –que no se ven afectadas personalmente por las opiniones que intentan defender–, a entender lo que es verse afectado personalmente, para observar el impacto de las desigualdades de poder. No me interesan para nada los puntos en común, porque normalmente, los puntos en común reducen a todo el mundo al común denominador, y a menudo, esto provoca un conflicto mayor, en lugar de resolverlo o aliviarlo. Y lo que me permite seguir haciendo todo esto es la poesía, la sangre de mi vida. Necesito la poesía cada día, por eso la escribo y la leo; de hecho, en los últimos años, he pasado de trabajar en la resolución de conflictos, a divulgar y escribir sobre poesía, lo que me ha supuesto una gran alegría: alejarme del conflicto.

Nunca he pertenecido a El Arca, pero he estado cerca de las comunidades de El Arca durante unos 15 años, y me ha conmovido profundamente conocerlas. Algunos de mis compañeros de piso eran miembros de la comunidad de El Arca de Belfast, lo que me ha permitido conocer mucho de esta comunidad. Además, participé junto a Pat Favaro y otras personas en la Asamblea de la Federación que se celebró aquí hace unos años, así como en algunos eventos más recientes en Londres y otros que se celebrarán en Estados Unidos durante el verano.

Lo que me llama la atención cuando pienso en el Proceso de la Carta, es que está escrito que cada 12, 15 o 17 años, habrá algún tipo de proceso para reflexionar sobre si la historia que contamos sobre nosotros, ¿nos la estamos contando de la manera adecuada para este momento? Y esto, creo, que es algo muy sabio. Es un planteamiento secular. Secular no tiene nada que ver con se espiritual o no. La palabra «secular» viene del francés «*siècle*», que significa siglo. Tiene que ver con prestar atención a: ¿qué significa estar aquí, ahora, en este momento? Es revisar un proceso, consiste en decir: teniendo en cuenta donde estamos ahora, y teniendo en cuenta lo que podemos ver ahora, y teniendo en cuenta lo que sabemos ahora, ¿estamos contando nuestra historia de una manera verdadera para el ahora? No se trata de revisionismo ni de revolución. Pero sí que se trata de la verdad, y de hacerlo con la sabiduría adquirida desde la última vez. Y creo que el Arca tiene práctica en esto, lo que me parece muy sabio. Creo que a muchas organizaciones les vendría bien.

Soy de un lugar que ha sufrido las consecuencias del conflicto, y las consecuencias del Imperio Británico en Irlanda son largas e inmutables, y es importante decirlo. Las guerras hacen cosas que ningún proceso de paz puede deshacer. No se puede cambiar el pasado. Y he trabajado en resolución de conflictos durante unos 20 años. A menudo he observado que los imperios piensan que llegaron a su fin cuando se desmoronaron. Ese es un lujo de la gente en el poder, pensar: «bueno, nuestro imperio terminó hace 50 años, es agua pasada». Cualquiera que viva en las postrimerías del imperio sabe que «no, para nada». El imperio perdura, después de su desmoronamiento, en las vidas de las personas que se ven afectadas por él; en el idioma que nos arrebataron; en los gobiernos que nos arrebataron, etcétera. Los imperios dejan ecos que estallan en caos, crisis y disturbios durante décadas –incluso siglos– después. En Belfast hay disturbios en estos momentos, los ha habido estas últimas noches. Creo que hasta el momento han resultado heridos 80 policías; gracias a Dios no ha muerto nadie todavía, espero que no haya muerto nadie. Pero esas son las maneras que se utilizan para llegar a otros lugares, cambiar el lenguaje y decir: esto nos pertenece ahora, este es vuestro nuevo dios. Esto hace estallar las situaciones de tal manera que no pueden terminar con un acuerdo de paz.

Un acuerdo de paz es el comienzo de algo. Un acuerdo de paz se suele firmar durante un momento de urgencia, y creo que la urgencia nos lleva a pensar: necesitamos un proceso para reflexionar con regularidad sobre quiénes somos. Y cuando se está en medio de una urgencia, y se está de acuerdo con ese proceso, todo el mundo está de acuerdo, por una buena razón. Puede que digáis: cada diez años vamos a hacer un proceso, y la primera vez que reflexionáis sobre el tema pasados esos diez años, está bien, Dios mío, ¡todo el mundo se acuerda aún! La segunda vez la gente dirá: ¿necesitamos este proceso? Supone mucho papeleo, estoy cansado y tengo 300 e-mails pendientes de contestar. Y la siguiente vez igual, y la siguiente. Hay procesos que son urgentes, necesarios e importantes, aunque puedan ser pesados. Y se me ocurre que el Proceso de la Carta en El Arca puede ser uno de esos. Me imagino que, si trabajara para El Arca, me gustaría mucho más poder vaciar mi bandeja de entrada en lugar de estar en reuniones. Pero también reconozco que, como alguien totalmente externo, envidio a El Arca y a vuestra Federación, por haber puesto por escrito que disponéis de esos procesos para analizaros a través de la lente de la historia que contáis, una y otra vez. Y creo que eso es sabio.

Y siempre llegará la paz con las reuniones. Y con los procesos, y con las cosas que son pesadas. Pero la cuestión es que, cuando seguimos estos procesos, muere menos gente. Esto es lo que hemos aprendido con los estudios sobre la paz. Cuando he trabajado con el clero para analizar el lenguaje que utiliza para hablar sobre lesbianas, gays, bisexuales y personas trans, se han suicidado menos personas. Así que me alegro mucho de que haya reuniones, me alegro mucho de que haya procesos y me alegro mucho de que haya gente que se analiza –no desde su propia narración de su historia–, sino que se analiza a través de la lente de quienes se ven afectados por su historia, porque nuestra propia narración de la historia suele ser un autoengaño. Lo que necesitamos es la brutalidad de un análisis que sea doloroso, que nos enfrente a lo que quizás sospechábamos que era verdad, pero que deseábamos de corazón que no lo fuera.

Da igual dónde fuera, –no era en Irlanda–, hace unas semanas, un amigo asistió a una reunión municipal. En la reunión, –convocada por el ayuntamiento–, todo el mundo estaba hablando sobre sus puntos de interés y sobre el trabajo que hacían. Había alguien de El Arca en esta reunión. Y a esta persona le pidieron que dedicara 15 minutos a contar la historia de El Arca a todos los presentes, porque no todos la conocían. Y mi amigo que estaba allí, y que conoce El Arca, y me dijo que lo más interesante es que aquella persona contó la historia de El Arca, hace unas tres semanas, sin mencionar a Jean Vanier ni una sola vez. Creo que es muy, muy interesante, y que realmente merece la pena tomarse un pequeño momento para pensar en ello. No importa quiénes eran o dónde estaban, porque es cierto: no solo es cierto que haya sucedido, sino que también es cierto porque nos está diciendo ciertas verdades. Puede que no os guste o no, no lo sé, pero hay algo de verdad en ello. Porque lo que creo que estaba intentando hacer esa persona, era contar una historia

que no empezara con la vergüenza. Y estaba tratando de contar una historia para el futuro. Pero también estaba tratando de contar una historia para el ahora; y por supuesto, en la versión de la historia que estaba contando, había alguna modificación, y quizá algo de negación, desconozco la motivación de esta persona. También podría haber sido una historia de reivindicación y de protesta, porque podría haber dicho: en realidad, no me interesa la gran historia, me interesa la historia pequeña. También era una historia de deseo. Era una historia de una parte de la verdad que se desea silenciar, y otra que se desea amplificar. Todas estas cosas, de este hecho que ocurrió la semana pasada, son ciertas. Y creo que una de las cosas en las que pienso sobre este proyecto secular –el proyecto del *siècle*, de la década incluso–, en el que estáis ahora es que vais a analizar: ¿cuál es la verdad de la historia que contamos y cómo funciona? ¿Y cómo funciona con lo que sabemos ahora, con *quienes* sabemos que somos ahora, y para los siguientes pasos que queremos dar en los próximos diez o doce años hasta que repitamos este proceso? Soy una persona ajena a vuestra organización, pero creo que es un acierto que repitáis este proceso cada 12/15/17 años. Lo envidio.

¿Cuál es el objetivo de una Carta? Creo que, por un lado, es un potente recordatorio de lo que ya sabemos. ¿Y cuál es el objetivo de una Carta? Es un potente recordatorio de cómo debemos contar la historia ahora. Requerirá algo de valentía, algo de comodidad y algo de incomodidad. ¿Y cuál es el objetivo de una Carta? Es ayudar a la gente a hacer avanzar la historia que contamos, juntos, con lo que sabemos ahora. Crea algo de espacio para el movimiento. Estoy seguro de que muchos de vosotros estáis familiarizados con el concepto psicoterapéutico de la contención. Cuando, en el contexto de una terapia, puedes contar una historia, y el terapeuta no se asusta, y no dice «¡Dios mío, no puedo creerme lo que me has contado, es horrible, para, para!». Cuando el terapeuta puede escuchar tu historia y dice «OK, vale». Cuando el terapeuta dice «Puedo soportar tu historia con más facilidad que tú», eso le da a la persona que está en terapia la capacidad de decir «Bueno, es capaz de soportarla, de contenerla; por lo tanto, yo también lo seré, en algún momento».

Veo que la Carta tiene la capacidad de ser un contenedor para la historia que El Arca quiere contar ahora. Porque ha habido algunos cambios, ha habido algunos procesos, –no necesariamente todo han sido cosas nuevas–, pero hay algunas maneras con las que se querrá decir «esto es lo que es posible, y esto es lo que es posible sin provocar una devastación, y así es como lo vamos a hacer». Y eso puede dar mucho valor a las personas que se preguntan «si cuento esta historia ¿seré un renegado o un traidor?» Lo que estáis haciendo es dar una respuesta pastoral a las historias que la gente sabe que necesita contar. Y, por supuesto, hay cosas sobre la Federación de El Arca que no van a cambiar: comunidades de personas con distintas capacidades, edades y orígenes, compartir la vida en confianza y el aprendizaje de la alegría y del dolor, por supuesto. Con trabajo, con la vida, con todo tipo de acuerdos sobre dónde viven las personas y sobre la forma de la comunidad. La Carta lo apoyará diciendo «Sí, por supuesto, es verdad y es seguro y seguirá siendo verdad». De hecho, es una función vital, porque la gente se preguntará a menudo «¿nos estamos desviando?». Y esto puede ser una manera muy útil de hacer una revisión.

En este momento, hay algunas cosas con las que necesitamos apoyo, y la Carta nos ayudará. Y, como persona totalmente ajena, sé que habrá inquietudes sobre cómo se puede contar la historia que incorpora la reflexión sobre la verdad de la auditoría. La Carta podría darnos un lenguaje sencillo; no por ser el primer, el último, ni el documento más completo, pero sí por ser otra demostración de cómo decir: esta es la manera de decir esto ahora. Otras personas, supongo, tendrán otras preocupaciones sobre cómo está cambiando la Federación –cuando se trata de religión o de no religión; cuando se trata de las diferentes relaciones de la Federación con los requisitos de cumplimiento en distintos países... Con la tensión que estoy seguro de que hay en torno a El Arca como prestadora de servicios, o en torno a El Arca como comunidad –o comunidad de comunidades– y todas las tensiones que aparecen. La Carta no va a ser un documento sobre la política en ninguna de estas áreas en concreto, sino que ofrecerá una especie de recipiente para

decir «esta es la nueva forma que tiene, para contener a dónde sabemos que tenemos que mirar ahora».

Supongo que también hay áreas de crecimiento que la Carta puede reforzar con pequeños guiños. ¿Cómo se contará la historia de vuestra fundación? ¿Cómo puede encontrar El Arca una forma de ser valiente en este sentido, que no suponga una negación, que no sea una negación de lo que se ha averiguado tras la auditoría, pero que tampoco consista en amplificarlo como si fuera la única historia verdadera? Se trata de agrupar varias verdades. ¿Y cómo puede contarse esta historia de demostración de integridad e investigación? ¿Cómo puede verse como una revelación de algo que también es cierto sobre El Arca? La Carta no tiene la primera, ni la última, ni la más completa palabra en esto, sino que es una forma de recordar a El Arca cómo contar la historia con sencillez, y sin engaños ni angustia sobre el gran regalo que es El Arca, así como hablar vuestras propias aflicciones como organización.

En todos los años que he estado cerca de algunas comunidades del Arca, y en todo este proceso también, he escuchado una y otra vez, –en torno a una taza de té o durante las comidas–, he escuchado historias de comidas en comunidad, historias hermosas y profundas de funerales. El Arca sabe lo que significa dejar que alguien marche a la muerte de tal manera que los que se quedan también reciban algo conmovedor. Quizá lo sabéis mejor que otros. Vengo de una cultura en Irlanda que sabe celebrar bien los funerales, de verdad, gracias a Dios. Me siento apenado cuando estoy rodeado de gente que no sabe cómo pasar el duelo. Pero cuando veo a El Arca, veo que El Arca también lo sabe, a nivel internacional y a un nivel profundo. Por supuesto, las expresiones culturales difieren en los distintos lugares, pero hay algo hermoso en saber mirar al duelo a la cara. ¿Y qué forma tiene el duelo ahora? El duelo de la historia que se contaba antes está cambiando, y es posible que ciertas inocencias estén muriendo, pero también hay una gran sabiduría en decir: aquí ha estado la integridad, en medio de todo esto. Es algo extraordinario que vosotros ya conocéis.

Voy a hablar un poco sobre el whisky, si no os importa. Whisky es una de las palabras en inglés, y creo que en francés también, que proviene del irlandés. Al principio, he oído a alguien decir que esperaba que no hablara en irlandés. Me encanta el irlandés, es un idioma que empecé a aprender cuando tenía dos años. Whisky: la palabra en inglés viene de *uisce beatha* [pronunciado: *ishka ba-ha*] que significa «agua de la vida», y la primera parte «*uisce*» llegó al inglés y al francés y a otros idiomas para quedarse con el significado de «whisky». El whisky se elabora principalmente con cebada y agua. La cebada se esparce, se voltea, se seca y se mezcla con agua caliente, y después con levadura; se produce la fermentación, se pone en un caldero y se destila y se vuelve a fermentar y se deja reposar, a veces durante 8 años, 12, 15, 17 o 25 si tienes mucho dinero. En última instancia, lo que se hace durante todo ese proceso de destilación es intentar averiguar: ¿cómo podemos saborear la autenticidad de la tierra de la que proceden esta agua y esta cebada? Todo el complejo proceso de destilación del whisky consiste en volver a la fuente original. Requiere mucho tiempo y mucha habilidad y mucha paciencia, y hay que repetirlo una y otra vez.

Creo que a veces hay un cierto miedo, en las organizaciones y en los países y en los procesos de paz, de que regresar a algo, de alguna manera, sea tratar de reescribir el pasado. No. Volver a algo es *discernir* el pasado. Hay una gran diferencia. Y, a veces, requiere que nos armemos de toda nuestra paciencia, para darnos cuenta de que «Dios mío, está herida ha estado con nosotros desde el principio, mírala. Solo ahora podíamos ser capaces de verla». Eso es volver al pasado para destilar, para ver y aprender. Siempre ha estado ahí. No es algo nuevo. En el proceso de destilación del whisky, se tarda mucho tiempo en encontrar el sabor original del agua del lugar y de la cebada que ha crecido en ese campo autóctono. Los mejores whiskeys (me gusta el whisky, no creo que os sorprenda), el mejor whisky es en el que el agua y la cebada vienen de una zona muy localizada, y en el que se puede saborear la tierra y oler la tierra y oler el agua y oler la montaña, e incluso oler el

humo de la tierra. Es una pequeña muestra de la zona autóctona concreta de la que procede el whisky.

Creo que es precisamente ese proceso de destilación lo que está haciendo el Proceso de La Carta. Es volver a la localización de la organización en la que estáis, para pensar: ¿qué hay allí? ¿Cómo podemos reflexionar sobre esto? ¿Cómo podemos realizar el largo proceso de esperar, y encontrar la manera de volver, para buscar una y otra vez cómo lo más autóctono para nosotros salga a la superficie? No renegamos de las impurezas, lo que hacemos es encontrar una manera de prestarles atención. No se trata de una revolución, –tampoco de una revisión–, y tampoco se trata de desmenuzar ni de añadir nada a estas alturas. Creo que se trata de un descubrimiento sobre lo que siempre ha estado ahí y que, con nuestra atención, puede ser algo que nos salve de nosotros mismos. Y eso, creo, siempre será algo poderoso. Creo que lo terrible en la religión no es que no exista el diablo –no creo en un diablo–, sino que *nosotros* podemos serlo. Es mucho más fácil tener un diablo al que odiar y exorcizar que pensar que uno mismo pueda serlo. Que yo pueda ser la fuente de mi propia herida. Que yo pueda ser quien esté haciendo la obra del diablo para mí mismo y para los demás. Y, por tanto, creo que eso siempre va a requerir preguntas difíciles.

Las historias de los orígenes y las historias de heridas y la crítica a la vida institucional de las personas con discapacidades intelectuales son algunas de las maneras en las que os habéis contado vuestra historia. He leído, no sé, unos 15 o 16 documentos de El Arca en los que se cuenta su historia a sí misma en estos últimos tiempos, y tanto la historia del origen, la historia de las heridas como la crítica a la vida institucional estaban allí. En los noventa, vi cómo se introducía el lenguaje relacionado con los derechos. Hubo todo tipo de formas en las que se introdujo un lenguaje que prácticamente romantizaba la debilidad; y sé que sois muy conscientes de lo peligroso que es ese tipo de lenguaje, pero he observado que ese lenguaje ha cambiado en los últimos años.

Una y otra vez, veo que aparece la palabra «Dios», y veo que la palabra Dios es una llave, en cierta manera. No es un simple dogma, lo que veo es que la palabra Dios, para vosotros, es una llave que abre una estancia para el crecimiento y la dignidad de todas las personas, y esa estancia es la invitación de la que habláis una y otra vez. Supongo que lo que os planteáis es: ¿qué significa reconocer que hay diferentes llaves para diferentes puertas, cuando todas conducen a esa estancia, y cómo se puede celebrar y honrar, de manera que las personas que aman la puerta que se llama Dios no sientan que se les falta al respeto cuando otras personas entran a esa estancia por una puerta diferente? Aunque todo el mundo acabe en el mismo lugar, la puerta y las llaves son diferentes.

Pero creo que sabéis que el destino está en el corazón de vuestras comunidades, que son comunidades de celebración y confianza y lamento. Las comunidades son un signo, no solo para el mundo, sino para vosotros mismos, creo que eso lo sabéis muy bien. Creo que el misterio en torno al cual se reúne El Arca es el misterio de la dignidad humana. Y también sabéis que el misterio en torno al cual se reúne El Arca es el misterio del quebrantamiento humano y del daño humano. Se trata de una tensión que lleváis en vosotros mismos, y que me conmueve observar. ¿Cómo puede El Arca ser un signo sobre lo que significa vivir con esa tensión, en esta era posterior a las averiguaciones de la auditoría?

Sin duda, la palabra «Dios» hace menos ruido en los documentos actuales de El Arca que antes. Pero la palabra, lo que hace la palabra «Dios», hoy y hace 50 años, no ha cambiado. Me parece que, para todos vosotros, la palabra «Dios» ha sido utilizada –por aquellos que la aman, y por aquellos que indudablemente no la aman–, para hablar sobre la dignidad de la comunidad y de algo poderoso que se crea en conjunto cuando las personas se reúnen como comunidad y trabajan juntas. Creo que eso es todo lo que quería decir.